



"Nuevo Mundo" 4-70  
Madrid, 26 diciembre 1914

¡ Que piensen! ¡ Que piensen!

O. C. tomo X

### Al amigo «Azorín»

Cuando el hombre que tomó y retuvo una cartera—y la de Instrucción Pública!—trató una vez más de mostrar el menguado concepto que lo merecemos los que, como usted, mi querido *Azorín*, y yo, nos dedicamos al cultivo del pensamiento desinteresado y sin miras al bufete ó á algo por el estilo, usted se sintió herido, y en pleno Parlamento protestó gritando que aquello era una indignidad. No quiso usted tolerar que una vez más los que se precian de listos traten de secudirse la censura de la intelectualidad, dejando caer el mote de *extravagancia!*

Me complazco en ver que haya yo sido motivo para que cerremos filas, viniendo á las veces de distintos campos, cuantos peleamos contra la beocia que nos des gobierna, por establecer la dignidad del pensamiento.

Su interrupción de usted al hombre que tomó y retuvo la cartera de Instrucción Pública, valió por muchos discursos. Y habrá usted comprendido cuánta es la fuerza del hombre que piensa y calla en un cotarro donde son los más los que hablan sin haber pensado. Lo que no quiere decir, ¡claro está!, que no haya allí muchos, la mayoría, que además de no pensar, tampoco hablan.

Al oír sus elocuentes, sus elocuentísimos apóstrofes, algunos de esos que ni hablan ni piensan se revolieron contra usted gritándole: «¡que hable, que hable!» Así como quien dice «¡que baile!» Porque como ellos van allí á oír hablar como irían á ver bailar, y para ellos la oratoria parlamentaria no pasa de coreografía—en lo que acaso no le falte razón—, querían el espectáculo.

Usted, que conoce muy bien el establecimiento aquél—est. del establecimiento, que es muy gráfico, se lo he oído á usted mismo—y que más de una vez ha hecho de manera magistral, con su admirable pluma escalpelo, la disección de sus entrañas, habrá sabido evaluar todo lo que vale el «¡que hable, que hable!» Y esto, después de haber usted hablado. Aunque no, claro está, como los abonados al cine parlamentario creen que se debe hablar para divertirlos. Y habrá usted podido comprender que la fuerza de usted en ese establecimiento estriba en que, como usted piensa, sabe oír y enterarse donde hay tantos que, como no piensan, no saben ni oír ni enterarse. A pesar de lo cual, algunos de ellos hablan.

No, usted no debe hablar allí. Deje

esa función para los que se defienden con malos chistes y con embustes más malos aún. Porque en el menguado caudal de los desaboridos ó invertidos chistes nacionales, los más absurdos, los más ridículos, los más tristes, suelen ser los que se oyen en el Parlamento. Las pocas, las poquísimas veces que cojo en la mano el *Diario de Sesiones* para leer algún discurso parla-

mentario, me fijo principalmente en las acotaciones. Y cuando llega lo de *risas*, suelo quedarme estupefacto de la mentalidad que supone el reírse de los dichos de que se ríen. Y es que en nada acaso se conoce mejor la jerarquía intelectual de un hombre y la de un pueblo que en aquellos dichos y hechos de que se ríe. Hay una risa sardónica, hay también la risa del conejo, y hay la risa beocia. Esta es la que domina en ese establecimiento.

En cambio nosotros, los extravagantes, no les haremos nunca reír por mucha gracia que lleguemos, con ayuda de Dios, á tener, y por mucho *humor* que derrochemos. Nuestras burlas no son de las que hacen reír ó esos que no piensan y piden que se hable para divertirlos; no les hacen reír, aunque alguna vez finjan reírse de ellas, reírse de que se las lancemos á la cara.

No sé si usted conoce, mi querido amigo, unas páginas maravillosas del gran patriota y revolucionario italiano José Mazzini en sus *Note autobiografiche*, cuando habla de la tempestad de la duda que le asaltó en Londres en Enero de 1837, y donde están aquellos sus conceptos sublimes sobre que la vida no es contemplación, ni expiación, ni goce, sino misión. Es de las cosas más intensas, más íntimas, más profundas, más religiosas, en fin, que se haya escrito en lengua humana. Las escribió Mazzini cuando se le acusaba de querer hacerse dictador y de ser un soberbio. Y él encontrábase sumergido en un letargo de melancolía y enflaqueció. Al envolverle la *tempesta del dubbio*, entrevió por un momento la vejez del alma solitaria y el mundo desierto de todo consuelo para él.

He conocido también la tempestad de la duda, sólo que no ya con los caracteres trágicos con que la conoció Mazzini. Nuestra España de hoy no es la Italia de 1837. Lo nuestro es cómico, chico, menguado, sórdido; lo nuestro es para el escalpelo de usted, querido *Azorín*. El cual, sin embargo, saca sangre y llega á muy profundas llagas.

He pensado también muchas veces, como Mazzini pensaba, en la final eficacia de mis predicaciones y censuras; he dudado de si con ello puedo conse-





guir algún resultado moral para mi pueblo; he reflexionado en los móviles que atribuirán á mi conducta los que no conciben sino mártires estúpidos, desgraciados que se entreguen por gesto de suprema abnegación, y los que no se percaten de que al defender, como defendiendo, mi personalidad, estoy defendiendo la de todos mis hermanos en España y la de España misma; he revuelto en mi conciencia lo que me piden los que jamás se satisfacen con lo que se les da. Nadie ha sido más agrio censor de mi obra que yo mismo. Y al defenderme de los que con sus consejos tendían, creo que sin saberlo, á perder nuestra obra, nuestra misión—nuestra, sí, no mía—, de los que intentaban hacerme cabeza de motín; de los que querían despojarme de la necesaria zorrería, sin la cual todo indiscreto ataque es baldío; de los que me pedían esas desnudeces anarquistas que llevan al fracaso siempre; al defenderme de todo ello, dudaba sin embargo. He necesitado de toda la firmeza que me ha dado mi raza para no vacilar y caer alguna vez en la ineficaz gesticulación del mártir teatral.

Pero últimamente, las más de esas dudas se me han ido disipando. Y á raíz de mi reciente conferencia del Ateneo, respiré satisfecho, contento de ella, convencido de su eficacia, cuando supe que los políticos profesionales la diputaban como un acto de locura. Cuando me dijeron que Maese Pedro, el supremo maestro de los carteristas—de los que toman carteras—, había dicho de mí que estoy loco, respiré con alivio. Y sentí la firmeza de mi razón. Y me sonreí de los que se ríen cuando Maese Pedro se pone en pie y se dispone á hablar.

¡Que hable, pues; que hable!

Y me volví al punto á la celda de mi manicomio, de mi hogar y de mi cátedra, á seguir cultivando mi locura y mi extravagancia.

Siga usted, mi querido *Azorín*, escribiendo lo que piense, y deje á esos desgraciados que hablen sin haber pensado. La honrada pluma de usted será siempre más elocuente que las lenguas de alquiler de esos desdichados, esas lenguas que hablan después de haber hecho bote y ensalivado el mendrugo de la limosna.

Miguel de Unamuno

